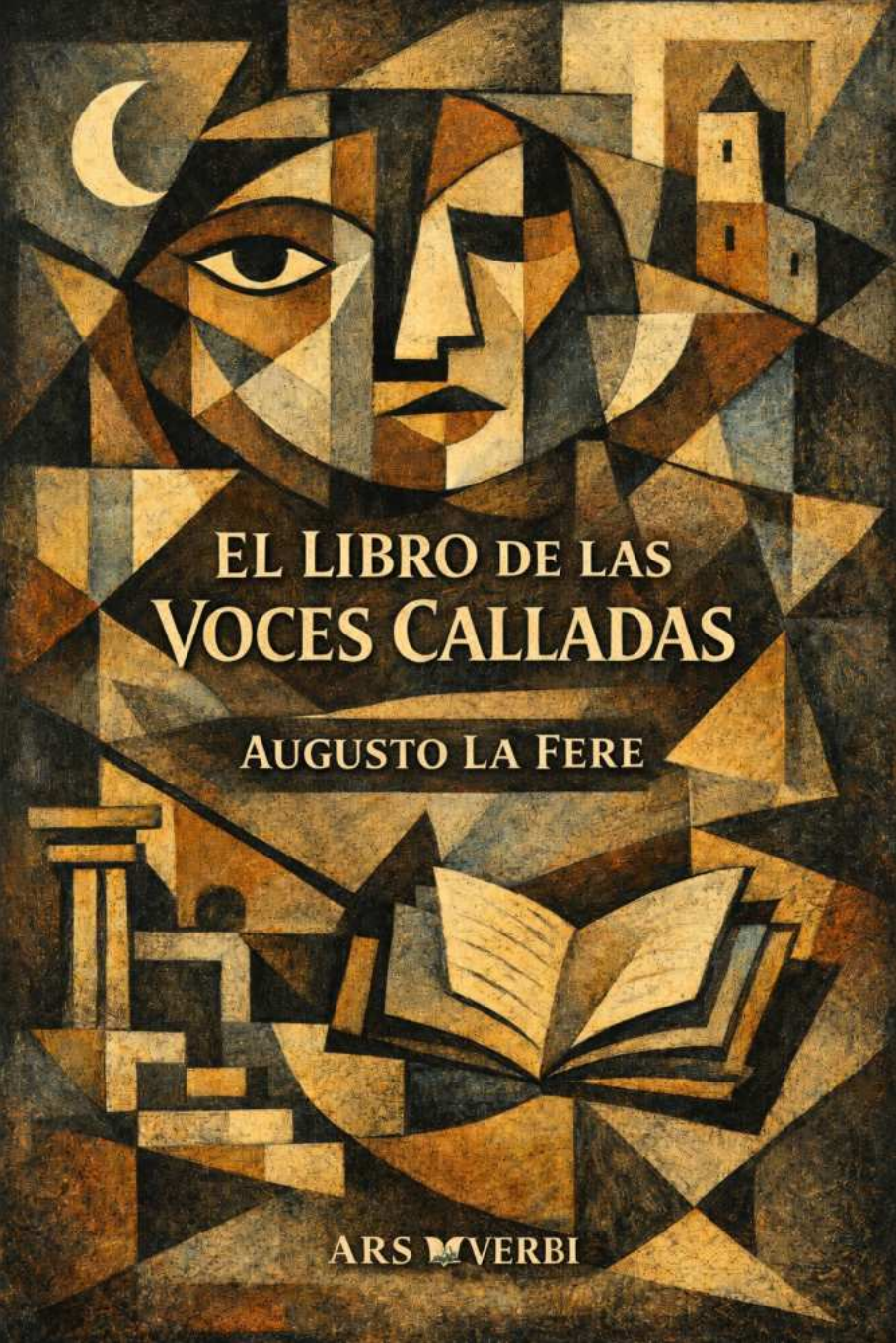


A cubist illustration featuring a large, stylized face in the upper half, composed of geometric shapes and a muted color palette of browns, tans, and greys. The face has a prominent eye and a defined nose. In the upper left corner, a white crescent moon is visible. In the upper right, a small, stylized building with a tower is depicted. The lower half of the image shows an open book with its pages fanned out, also rendered in a cubist style. To the left of the book, there are some architectural elements like columns and steps. The entire composition is set against a background of various geometric shapes and textures.

EL LIBRO DE LAS VOCES CALLADAS

AUGUSTO LA FERE

ARS  VERBI

EL LIBRO DE LAS VOCES CALLADAS

AUGUSTO LA FERE

**EL LIBRO
DE LAS VOCES CALLADAS**

Edición Digital

LAPA
ARS VERBI
2026

Créditos

El Libro de las Voces Calladas

© 2026 Augusto La Fere

Publicado por *Ars Verbi*™

Lapa, Paraná, Brasil

Edición Digital

ISBN: 978-65-988751-6-9

Esta obra está bajo la licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Podés compartir y adaptar esta obra, siempre que:

- Atribuyas el crédito al autor;
- No la uses con fines comerciales;
- Publiques obras derivadas bajo la misma licencia.

Para más detalles, visitá:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

<https://arsverbi.com.br>

Dedicatoria

A la sombra, a la piedra y al aire:
por guardar las voces que el mundo calla
y sostener su forma en silencio.

“Hay silencios que son lugar,
y otros que son límite.”

— *Roberto Juarroz*

Sumario

Prólogo.....	1
1. Bajo la línea.....	2
2. Línea en movimiento.....	3
3. El nombre detenido.....	4
4. Pulso de lo escrito.....	5
5. Restos en la materia.....	6
6. Piel del día.....	7
7. Sombra en el borde.....	8
8. La piedra abierta.....	9
9. Peso de la luz.....	10
10. Lo que inclina la noche.....	11
11. Lo que rompe la quietud.....	12
12. El rumor del cuarto vecino.....	13
13. Animal de sombra.....	14
14. El borde que no vuelve.....	15
15. Pulso del día hundido.....	16
16. Línea que no coincide.....	17
17. Lo que no termina de estar.....	18
18. Eco antes del paso.....	19
19. Marca que no debería volver.....	20
20. Luz que recuerda por adelantado.....	21

21. Distancia torcida.....	22
22. Frío sin causa.....	23
23. Pasillo doblado.....	24
24. Restos de un contorno.....	25
25. Hora desplazada.....	26
26. La memoria que sube por la cal.....	27
27. La respiración que no es mía.....	28
28. La piel del muro recuerda sola.....	29
29. Ritmo que no tiene dueño.....	30
30. Lo que vuelve.....	31
31. La caída torcida.....	32
32. Sombra adelantada.....	33
33. Respiración ajena.....	34
34. Apertura en la cal.....	35
35. Doble claridad.....	36
36. Voz recién surgida.....	37
37. Pliegue del aire.....	38
38. Claridad dividida.....	39
39. Restos de una forma.....	40
40. Bordes sin llegada.....	41
41. Trazo tibio.....	42
42. Dos horas sobrepuestas.....	43
43. Latido del silencio.....	44

44. Huella anticipada.....	45
45. Hilo que sostiene.....	46
46. Hora inclinada.....	47
47. Gesto duplicado.....	48
48. Aire en duda.....	49
49. Peso ajeno.....	50
50. Día descompuesto.....	51
51. Pulso ajeno.....	52
52. Pliegue en la hora.....	53
53. Contorno desplazado.....	54
54. Ritmo desajustado.....	55
55. Nombre por venir.....	56
56. Cinco respiraciones.....	57
57. Resto que avanza.....	58
58. Forma inestable.....	59
59. Presencia dividida.....	60
60. Memoria desbordada.....	61
61. Claridad desprendida.....	62
62. Sombra separada.....	63
63. Ritmo autónomo.....	64
64. Línea sobre la piel.....	65
65. Fisura en el Error.....	66
66. Resto emergido.....	67

67. Material del silencio.....	68
68. Lo que persiste.....	69
69. Fondo del día.....	70
70. Permanencia inicial.....	71
71. Espesor reunido.....	72
72. Sitio vuelto hacia dentro.....	73
73. Bordes que recuerdan.....	74
74. Cuerpo en el nuevo espacio.....	75
75. Lo que sostiene.....	76
76. Memoria acumulada.....	77
77. Lo que el cuerpo devuelve.....	78
78. El cuarto después del cuerpo.....	79
79. Quietud abierta.....	80
80. Permanencia.....	81
Epílogo.....	82

Prólogo

La noche cae
sin hacer ruido.

En el vidrio
queda una línea
que el día olvidó.

Respiro.
El aire vuelve
con la forma exacta
de mi silencio.

1. Bajo la línea

Abajo, un golpe breve
se repite
sin decidir su forma.

La puerta lo recibe
como si guardara
la memoria
de un sonido
que no conozco.

Escucho.

En el eco, algo mío
se desplaza,
pero no vuelve:
queda suspendido
en esa franja
donde el mundo
roza mi nombre
sin decirlo.

2. Línea en movimiento

La sirena, desde lejos,
no quiebra el vidrio:
lo escribe.

Traza una línea que no sé leer,
pero reconozco como si fuera
una herida antigua.

El ruido avanza por la mesa,
dobla el borde del vaso,
toca mi mano sin tocarla.

Pienso decir algo, pero la palabra
llega tarde:
hay sonidos que piensan primero,
que abren un sitio donde guardo
lo que callo demasiado.

La sirena sigue,
y en su paso
deja una pregunta
que no se oye,
pero ordena mi silencio.

3. El nombre detenido

Hay una respiración
que espera
donde el aire
guarda nombre.

No pregunta.
Se sostiene como un resto
que el cuerpo
no abandona.

Cuando vuelve,
trae un borde:
una sílaba lenta,
un sonido que todavía
no se ofrece.

Lo conservo
para que exista
lo que callo,

y en mi pecho
la voz, aún callada,
toma forma.

4. Pulso de lo escrito

Aire antiguo en mi pecho:
un soplo detenido
a medio nombre,
con su memoria abierta.

La página recoge su pulso,
una sílaba espesa, sin borde,
un dibujo de aliento
sobre la sombra del papel.

Escritura: luz desgastada
de muchas voces,
todas reunidas
en un mismo ritmo.

Permanezco junto a ellas,
en la quietud tensa
del que guarda,

mientras la voz
— tibia, intacta —
encuentra en mi aliento
su manera de estar en el mundo.

5. Restos en la materia

Cuando el polvo se levanta,
trae un pulso que no viene del aire:
pasa a la piel,
se queda en la sangre lenta,
como si un nombre antiguo
buscara espacio en el cuerpo.

En la pared, la cal abre
una hondura mínima,
lo justo para que una voz sin boca
respire despacio
y empuje la noche
un milímetro más lejos.

La madera suelta un brillo
cuando la mano la roza:
allí, lo callado se mueve,
ensancha la mesa,
agrandando el cuarto,
como si el mundo necesitara
abrirse para guardarlo.

6. Piel del día

La luz cae en el muro
y deja una piel tenue,
claridad usada
que el día abandona
al retirarse.

En la cal,
un trazo regresa:
sombra de un nombre
que roza su límite
sin pronunciarlo.

Paso la mano.

El muro abre
un temblor mínimo,
hueco donde la voz callada
se sostiene un instante,
igual que la luz
cuando se vuelve borde.

7. Sombra en el borde

La sombra cae en la piedra
y se quiebra un instante,
como si el borde
no aceptara su forma
ni su oscuridad.

En la cal,
la luz retrasa su fuga
y deja un hilo pálido
que empuja la sombra
hacia el límite.

Paso la mano sobre el muro:
su textura siente el roce
y algo desordena la caída,
abre un pliegue tenso
donde la sombra
intenta quedarse.

Pero el borde insiste:
borra lo que toca,
y la sombra
se rehace en silencio.

8. La piedra abierta

En la piedra se adivina un pliegue
que no es mero desgaste:
allí, la luz retenida
arma un borde secreto,
una hondura que insiste
en no cerrarse del todo.

La cal recoge ese resto,
como si el día, al retirarse,
hubiera dejado un pulso tibio
bajo la superficie.
El muro lo sostiene
con una paciencia antigua,
sin permitir que se disuelva.

Acaricio el canto áspero
y la piedra respira lento:
abre un hilo de sombra
que se acomoda en su grieta,
y en ese hueco tenso
la voz callada se ensancha,
igual que la luz
cuando pierde su forma.

9. Peso de la luz

La luz cae sin apuro
y en su descenso espesa el aire,
como si buscara un sitio
para asentarse en la piedra.

En la cal, la claridad
se vuelve materia tenue:
un polvo que vibra
cuando el día se inclina
y deja su forma a medias.

Paso la mano por el muro
y el tacto recoge un pulso
que no proviene del cuerpo,
sino del peso que la luz
olvida cuando cae.

En ese espesor tibio,
la voz callada encuentra
una hondura inesperada,
y se alarga despacio,
como la sombra
cuando pierde su dueño.

10. Lo que inclina la noche

La noche llega
con una luz mínima
que no alumbra,
pero define el borde de cada cosa quieta.

En la piedra,
un brillo oscuro respira,
como si el día, al irse,
hubiera torcido la sombra
para que no cayera del todo.

Toco la superficie fría
y la noche se inclina un poco:
abre un hilo de silencio
que desarma el contorno
y deja un hueco leve
donde el tiempo vacila.

Allí,
lo que no fue nombre
permanece suspendido,
igual que un gesto
que no termina de borrarse.

11. Lo que rompe la quietud

Un golpe vuelve
desde el piso vecino,
y en su eco la luz vacila,
como si el muro
recordara un límite
que no quiere abrirse.

La cal retiene ese rumor torcido,
trazo oscuro que busca acomodo
en la sombra inmóvil.

Pongo la mano sobre la piedra fría:
en su espesor alerta
tiembla un resto antiguo,
un aire denso
que empuja el silencio
hacia el borde.

Y la quietud,
por un instante,
se pliega.

12. El rumor del cuarto vecino

En la pared vacía
late un temblor lento,
un ruido leve
que no pertenece
a este cuarto.

La cal recoge ese pulso ajeno
y lo acerca a mi mesa,
donde la sombra
se adelgaza un poco para oírlo.

No digo nada.

El muro respira hondo
y en su hondura mínima
se abre un pliegue pálido,
como si otro nombre rozara la noche
desde un espacio sin luz.

Y el rumor queda allí,
suspendido.

13. Animal de sombra

Algo roza la ventana
sin hacer sonido:
una sombra breve
que no es del día
ni de este cuarto.

En el vidrio
se forma un trazo tibio,
insistencia leve
de un cuerpo ausente
que quiere pasar.

Acaricio el marco.
La madera recoge
esa presión tenue,
y en su veta inquieta
tiembla un gesto antiguo
que no sé nombrar,
como si un animal
de pura sombra
buscara sitio
para quedarse.

14. El borde que no vuelve

En la piedra
queda un filo extraño,
borde hendido
que la luz no reconoce
cuando cae.

La cal respira lento
y en su blancura rota
aparece un trazo seco,
resto del día
que ya no regresa.

Paso la mano
y el borde cede,
no hacia adentro,
sino hacia un espacio
que el muro esconde
sin saberlo.

Allí, la sombra se quiebra
y se rehace,
como si el límite
se negara a cerrar.

15. Pulso del día hundido

La luz mengua
y en su retiro
deja un pulso denso
en la cal dormida:
un latido apagado
que presiona el muro
sin ruido.

La piedra guarda
ese resplandor turbio,
y en su espesor callado
la sombra se estira
como hilo ciego
que busca forma.

Pongo la mano sobre la mesa fría:
en la madera tiembla un eco lento,
un gesto hundido del día que termina.

Y el silencio,
por un instante,
pesa.

16. Línea que no coincide

En el vidrio
una línea de luz
desliza fuera de sitio:
no sigue el borde,
no responde al día,
no repite lo que sabe.

La sombra
intenta acomodarse,
pero el trazo se curva
apenas un milímetro
y deshace el contorno.

Apoyo la mano
sobre la mesa fría:
el reflejo vacila,
como si el presente
no encontrara cuerpo
para sostenerse.

En esa falla mínima,
algo insiste en quedar.

17. Lo que no termina de estar

En la pared
un brillo tenue respira,
pero no fija forma:
parece aire detenido,
un resto del día
que dudó al quedarse.

El muro recoge
esa claridad rota
y la deja temblar
como si buscara sitio
sin reconocerlo.

Paso cerca
y el brillo se retrae:
no huye,
no vuelve,
solo suspende el gesto
como un borde
que no se decide.

Y en su indecisión,
el presente se abre.

18. Eco antes del paso

Algo vibra en el pasillo,
no un paso real, sino un eco
que llega demasiado pronto,
como si el sonido
hubiera salido antes
de cualquier movimiento.

La puerta recoge
esa presencia anticipada
y la sostiene un instante,
deformando el aire
que la rodea.

Pongo el oído
contra la madera:
ningún cuerpo, ninguna voz,
solo un temblor tenue
que se adelanta
a todo gesto posible.

El presente,
otra vez,
pierde su orden.

19. Marca que no debería volver

En la mesa
hay una marca antigua,
una hendidura leve
que conocía bien su sitio.

Hoy, sin embargo,
la encuentro distinta:
más ancha, con onda,
como si hubiera regresado
sin haber estado.

La sombra del borde
se inclina sobre ella
y el trazo respira,
movido por un pulso
que no proviene del día
ni del uso.

Toco la marca
y su forma responde:
no con memoria,
sino con un intento
de permanecer.

20. Luz que recuerda por adelantado

La luz entra
con un desvío extraño,
no anuncia el día:
lo recuerda.

Trae un brillo que no pertenece
a esta hora.
Un reflejo impaciente, como si supiera
lo que aún no llega y lo quisiera guardar.

La pared recibe esa claridad adelantada
y la estira en silencio,
abriendo una huella leve
que roza el futuro sin tocarlo.

En esa luz doble,
el presente se rinde;
y algo, por un instante,
parece querer durar.

21. Distancia torcida

La puerta ya no mide mi llegada:
sostiene una distancia propia,
una longitud ajena al piso,
como si hubiera encontrado
otra escala para existir.

La sombra del umbral se adelanta
sin esperar a la luz,
y ese adelanto altera el muro:
su cal respira un trazo nuevo
que arrastra al cuarto entero
un paso más allá de sí.

El espacio, partido,
ya no pertenece al cuerpo.
La distancia se vuelve lugar
y el lugar, intervalo.

Desde hoy,
la puerta no vuelve
a donde estaba.

22. Frío sin causa

El frío no entra: aparece.
Se instala sin origen
y el cuarto adopta su borde,
como si la temperatura
aprendiera a tener forma.

La luz retrocede ante él
y pierde la memoria del día;
la sombra, en cambio,
encuentra contorno nuevo
y lo imita.

El aire cambia de oficio:
ya no une lo que toca,
lo separa.
Cada objeto aprende
su propio clima.

Desde hoy,
la hora deja de decidir
el frío.

23. Pasillo doblado

El pasillo deja de conducir.
Se dobla hacia un punto
que no coincide con sus muros
y el eco adopta ese pliegue
como si fuera camino.

La luz, perdida en su vuelta,
toca dos paredes distintas
al mismo tiempo,
y ese desajuste abre
una segunda profundidad
debajo de la primera.

El edificio gana un corredor
que no dibujó.

Desde hoy,
el pasillo no lleva
a donde lleva.

24. Restos de un contorno

El muro adopta una figura
que no proviene de objeto alguno.
No la reproduce: la acepta.

Su cal altera su espesor
para abrigarla,
y en ese gesto cambia el cuarto:
la luz aprende un borde nuevo
que no responde al día.

La figura persiste
hasta modificar la pared entera,
que inclina su claridad
para sostenerla.

Desde hoy,
la sombra ya no decide
las formas.

25. Hora desplazada

El día se fractura
en dos ritmos que avanzan juntos
sin reconocerse.

La luz ordena una hora,
el sonido propone otra,
y la sombra, obligada,
elige un tiempo propio
que nada coincide.

La mesa recibe tres caídas de luz
y las sostiene sin conflicto:
cada una reclama su instante
y el cuarto, dividido,
asume la multiplicación del día.

Desde hoy,
el tiempo deja de ser
uno.

26. La memoria que sube por la cal

En la cal del muro
algo asciende lento,
no luz, no sombra, memoria.

Su borde es tibio,
respira hondo,
como si buscara forma
antes de nacer.

La piedra, al sentirlo,
abre una hondura leve
que no responde al día
ni al paso del cuerpo.

Allí la voz callada
prueba su peso,
deja un pulso mínimo
que no se parece al aire.

El cuarto lo reconoce:
recuerda más de lo que vive.

27. La respiración que no es mía

En el aire del cuarto
algo respira antes que yo:
un pulso antiguo, sostenido.

No sigue mi pecho,
lo antecede;
no busca ritmo,
lo impone.

La luz lo escucha
y su caída cambia,
como si el día
aprendiera una memoria
que no vivió.

La sombra, arrastrada,
se adelanta a su forma
y abre en la pared
un hueco tibio.

El cuarto respira por sí.

28. La piel del muro recuerda sola

La pared tiene piel
que no reconozco:
vibra leve,
como si un nombre
rozara su cal
desde adentro.

La luz, al tocarla,
gana espesor,
pierde borde,
deja un brillo
que no proviene del día.

La piel recuerda sola:
respira un aliento
que no halla cuerpo
pero insiste.

La sombra se pliega
para escucharlo
y el muro
aprende forma nueva.

29. Ritmo que no tiene dueño

En el piso,
un ritmo aparece
sin paso,
sin peso,
sin cuerpo.

La madera lo amplifica,
repite su pulso
hasta torcer
la caída del silencio.

La luz acompasa,
la sombra responde,
la cal vibra
como si guardara
un eco previo.

Nada avanza,
pero el cuarto entero
adopta ese compás
que no le pertenece.

Una voz sostiene el ritmo.

30. Lo que vuelve

La luz entra
con memoria antigua,
no ilumina:
reconoce.

En su descenso
el aire se espesa,
recoge restos
que no pertenecen
a esta hora.

La sombra se abre
como piel cansada,
deja un borde hondo
que respira solo.

El muro guarda el gesto,
amplia el pulso,
dobla la forma
del cuarto.

El día retrocede
ante lo que vuelve.

31. La caída torcida

La luz cae
pero no donde cae siempre:
un desvío leve,
un gesto sin causa,
una falla tibia
que abre su borde.

El día intenta corregirla,
pero el Error la sostiene:
le impone un pulso tenue,
una dirección no dicha.

La claridad duda,
vacila un grado,
se afina como si buscara
un sitio previo al mundo.

No ilumina:
obedece
a una voz que no habla
pero inclina.

Y el cuarto reconoce
que la mañana
ya no es suya.

32. Sombra adelantada

La sombra avanza
antes del cuerpo,
como si escuchara
una orden muda.

No sigue mi gesto:
lo anticipa;
dobla su forma
para encontrar un contorno extraño.

El Error la guía
desde un punto sin lugar,
una fisura antigua
que insiste en permanecer.

La sombra responde,
cambia de espesor,
elige otra caída
que no coincide con el piso.

El cuerpo intenta alcanzarla,
pero llega tarde.

La sombra recuerda lo que falta.

33. Respiración ajena

El aire respira por cuenta propia:
toma ritmo, pierde medida,
adquiere memoria.

No sigue mi pecho:
lo antecede,
como si escuchara
una llamada honda.

El Error exhala sin boca,
apenas un pulso leve
que dobla el silencio.

La luz se inclina
para oírlo,
la sombra tiembla
para seguirlo.

El aire sostiene un latido ajeno
que no sabe de quién viene.

Y el cuarto, por primera vez,
respira dividido.

34. Apertura en la cal

En la cal del muro
algo se abre:
un hilo tenue,
un borde hondo
que no pide forma.
No es grieta,
no es desgaste:
es memoria reciente
de lo que nunca ocurrió.
El Error la sostiene,
le da peso,
le da sombra,
le da resto.

La pared escucha,
respira lenta,
reconoce en el hueco
una voz sin cuerpo.
La cal se curva
para guardarla,
como si el muro
tuviera un latido.
Y el cuarto
se llena
de lo que no pasó.

35. Doble claridad

La luz vuelve con dos bordes:
una claridad presente
y otra más vieja
que no pertenece al día.

Ambas caen en direcciones distintas,
como si dos mañanas
se encontraran
en el mismo aire.

El Error sostiene
a la más antigua,
la deja vibrar
en un ritmo secreto.

La otra pierde fuerza,
cede lugar,
acepta la compañía
del brillo errado.

El cuarto oscila entre dos tiempos
que no se tocan.
La luz respira con doble memoria.

36. Voz recién surgida

Algo responde al Error:
una vibración leve,
apenas un resto, pero firme.

No es luz, no es sombra, no es aire.

Es otra voz callada
que sube por la madera,
abre la veta,
dibuja un pulso
que no existía.

El Error la reconoce,
se inclina hacia ella,
le ofrece su propia falla.

Las dos voces se cruzan
sin juntarse,
como memorias
que buscan
el mismo origen.

El cuarto siente
que ya no basta
con respirar.

37. Pliegue del aire

La respiración del aire
dobla el cuarto un grado,
no por peso,
sino por un ritmo
que insiste desde dentro.

Las paredes responden tarde,
como si recordaran
una forma anterior,
más tenue, casi nacida.

La luz intenta corregir
la inclinación reciente,
pero la sombra la sigue
con una obediencia
que no le pertenece.

El Error sostiene el pliegue,
lo afianza,
lo espesa,
hasta que el cuarto entero
parece recordar otro centro.

38. Claridad dividida

La mañana entra partida:
dos claridades opuestas
que no coinciden en el borde.

La Voz de la Luz
reordena el aire,
abre un brillo oblicuo
sobre la mesa antigua.

La sombra, confundida,
se adelanta a su cuerpo,
busca un fragmento
del día errado
para sostenerse.

Los objetos tiemblan
bajo esa doble claridad,
como si la memoria derramada
no encontrara su hora.

Y el cuarto respira
con un ritmo nuevo
que nadie decidió.

39. Restos de una forma

La sombra se adelanta,
no para seguirme,
sino buscando un cuerpo perdido,
una forma que recuerda
sin haber tocado,
se curva para encontrarlo
y tropieza de lleno
con una luz antigua
que le niega el borde.

La Voz de la Sombra
se afirma en la pared,
deja un rastro denso,
una marca no visible
pero viva.
El aire la rodea,
adopta un pulso tenue
que acompaña su gesto.

En el piso,
mi sombra se detiene:
ya no es falta,
es resto que insiste en permanecer.

40. Bordes sin llegada

Algo en el cuarto
pierde su medida:
la línea entre dos puntos
no llega recta ni igual.

La Voz del Error
abre un ángulo nuevo,
un hueco leve
que deshace la geometría.

La luz cae torcida,
la sombra busca
un contorno imposible,
el aire cambia de paso.
La pared recibe
esa falla lenta,
adquiere un pulso propio,
guardado antiguo.

La distancia se quiebra
como si recordara
otra forma de unir
lo que separa.

41. Trazo tibio

La Voz de la Piel
toca la pared
como si tocara un cuerpo:
deja un trazo tibio, apenas un aliento
que se adhiere al yeso.

La luz lo reconoce,
lo bordea,
le ofrece un brillo tenue
para que respire.

La sombra se inclina,
busca el origen del gesto,
pero encuentra memoria,
resto,
piel sin cuerpo.

El aire sostiene la marca
para que el cuarto
no la pierda.
Y el muro, al sentirla,
aprende una suavidad
que no tenía.

42. Dos horas sobrepuestas

Dos días coinciden
en la misma luz:
uno recuerda,
el otro intenta nacer.

La Voz de la Luz
abre la mañana vieja,
la superpone con la joven
para que ambas duden.

La sombra se parte
en dos movimientos,
cada uno buscando
una hora distinta.

El aire se espesa
entre ambas memorias,
como si respirara
dos ritmos al mismo tiempo.

Y el cuarto se mantiene
en ese cruce inclinándose,
sin elegir.

43. Latido del silencio

La Voz del Aire
impone un compás al silencio:
un pulso lento, repetido
que abre espacio.

La luz acompasa,
cede su caída,
adopta el ritmo nuevo.

La sombra responde
con un espesor distinto,
como si guardara
cada golpe leve.

La piel del cuarto
tiembla un instante,
absorbe la cadencia,
la hace propia.

El silencio respira
más hondo y más lleno,
como si fuera materia
a punto de nacer.

44. Huella anticipada

Algo en mi piel
recuerda antes del cuerpo:
una presión suave,
un toque que no vino,
pero insiste.

La Voz de la Piel avanza,
marca un contorno
que la luz intenta leer.

La sombra lo protege,
lo guarda,
lo espesa,
como si el gesto
fuera demasiado frágil.

El aire lo sostiene,
le ofrece un pulso,
le da un sitio.

Y mi cuerpo, al sentirlo,
pierde un instante
su propia forma.

45. Hilo que sostiene

El Error reaparece,
no para romper,
sino para sostener
lo que ya falló.

La luz vacila
entre dos bordes,
la sombra se curva
para no caer,
el aire titubea
entre dos ritmos.

La piel busca cuerpo,
pero encuentra
solo memoria densa
que no termina de abrirse.

El Error, en silencio,
mantiene todo unido
por un hilo mínimo,
apenas formado,
que el cuarto
no puede perder.

46. Hora inclinada

La luz adelanta una hora
y la deja caer oblicua,
sobre la mesa tensa,
como si buscara un borde
más hondo que el del día.

La sombra siente el quiebre
antes del cuerpo,
se desplaza un grado,
roza una memoria
que no coincide con su forma.

El aire recoge esa hora,
la espesa un instante,
le da peso,
ritmo,
un pulso que no existía.

El Error abre un canal fino
donde el tiempo vacila
y se inclina.

El cuarto acepta la falla.

47. Gesto duplicado

La sombra repite un gesto
que el cuerpo ya no recuerda:
lo traza lento,
lo corrige,
lo divide,
buscando una forma
que nunca tuvo.

La Voz de la Sombra insiste,
dobla el pulso,
ensancha su borde,
recoge un resto
que la luz no guarda.

La luz lo deshace un segundo,
pero vuelve
más espeso,
más antiguo,
más suyo.

El cuerpo detrás apenas toca
la sombra repetida
que lo antecede.

48. Aire en duda

El aire respira en dos ritmos,
desfasados,
paralelos,
como si guardara
dos memorias vivas
que no encajan.

Inhala una cadencia firme,
exhala otra más lenta,
se quiebra en la frontera
entre un pulso y el siguiente.

La luz titubea,
la sombra cambia de borde,
pero ninguna logra
seguir esa vacilación.

El aire mantiene el quiebre,
lo sostiene,
lo agranda,
como si el Error
respirara por él.

49. Peso ajeno

Un peso cae sobre mi piel,
leve,
pero decisivo,
como si una memoria ajena
buscara entrar.

No es toque,
no es roce:
es sustancia mínima
que se ajusta al pulso
que yo desconozco.

La Voz de la Piel lo recibe,
lo calienta,
lo estira,
lo guarda un instante
antes de asumirlo.

La luz contornea su borde,
la sombra lo envuelve,
el aire le da sitio.

Mi cuerpo abre un límite.

50. Día descompuesto

El día intenta volver
a su sitio,
pero no encuentra
la forma que tenía.

La luz vacila dos veces,
la sombra corrige tres,
el aire cambia de paso
como si dudara
de su propia hora.

La Voz del Error interviene:
no rompe,
no arregla,
solo desplaza un borde,
abre un ángulo mínimo
que desarma el ritmo.

El cuarto queda dividido
entre dos días incompletos,
respirando un compás
que no coincide.

51. Pulso ajeno

La Voz del Aire entra
por mi pecho abierto,
no con violencia,
sino con un ritmo antiguo
que mi cuerpo desconoce.

La luz acompaña el pulso,
se afina un instante,
cede un borde
para que entre.

La sombra se adelanta,
protege la caída,
busca un contorno
que no me pertenece.

La Piel, despierta,
acepta el gesto,
lo vuelve tibio,
lo guarda sin nombre.

Y el Error respira por mí
como si el cuerpo
fuera un sitio prestado.

52. Pliegue en la hora

Un pliegue nace en la hora,
no en la luz,
no en la sombra,
sino en la memoria
que ambas disputan.

La Voz de la Luz adelanta
un brillo leve,
intento de futuro,
pero la sombra lo curva,
lo corrige,
lo espesa.

El aire intenta mediar,
marca un compás,
abre un espacio
donde la hora titubea.

La piel recibe el temblor,
lo guarda un segundo,
y el Error mantiene abierta
esa hora inclinada.

53. Contorno desplazado

Mi sombra se desplaza
sin mi cuerpo:
busca un resto,
una forma perdida
que la llama.

La Voz de la Sombra insiste,
tiembla en la pared,
deja un trazo
que la luz reconoce
sin comprender.

El aire sostiene el borde,
lo afina,
lo hace respirar
como si fuera piel.

Pero la Piel se adelanta,
lo toca, lo adopta,
y el Error abre un sitio
para que el contorno
no regrese.

54. Ritmo desajustado

El cuerpo intenta seguir
un ritmo que no es suyo:
un pulso lento,
otro rápido,
otro que cae
sin dirección.

La Voz del Aire marca uno,
la Luz propone otro,
la Sombra regresa
con un tercero.

La Piel recibe todos,
pero ninguno encaja:
se quiebra en su borde,
se abre en su centro.

El Error sostiene el desajuste,
lo hace vibrar,
lo convierte en memoria.

Y mi cuerpo, exhausto,
no encuentra unidad.

55. Nombre por venir

Algo dentro del cuarto
busca nombre:
no luz,
no sombra,
no aire,
no piel.

La Voz del Error lo inicia,
pero no lo completa:
apenas un trazo,
una sílaba perdida
que no nace.

La luz la persigue,
la sombra la protege,
el aire la espesa,
la piel la siente.

Cada voz la reclama
sin poseerla.

Y el nombre, aún sin forma,
ya respira.

56. Cinco respiraciones

Las cinco voces respiran,
no juntas,
pero cerca:
una pulsa,
otra cae,
otra vibra,
otra se curva,
otra insiste.

El cuerpo recibe todas,
como un cuarto pequeño
demasiado lleno.

La luz abre camino,
pero la sombra lo dobla;
el aire quiere medir,
pero la piel lo altera;
el Error lo sostiene
sin fijarlo.

Cinco respiraciones
buscan un espacio
que no existe.

57. Resto que avanza

Un resto avanza por el cuarto,
no hecho de luz,
no hecho de sombra,
sino de la fricción
entre ambas.

El aire lo empuja,
la piel lo siente,
el Error lo inclina
como si fuera
una memoria viva.

La luz duda,
la sombra retrocede,
pero el resto persiste,
tibio,
espeso,
sin dueño.

Y el cuarto se abre
para dejarlo pasar.

58. Forma inestable

La Voz de la Piel
intenta forma:
apenas un borde,
una tensión,
una hondura leve.

La luz contornea,
la sombra completa,
el aire sostiene
la vibración.

Pero el Error interviene,
torce la línea,
abre un hueco,
desarma la figura
antes de que exista.

La forma persiste
en su intento,
temblando,
sin llegar a nacer.

59. Presencia dividida

Algo quiere hacerse
presencia,
pero llega en dos partes:
una tibia,
otra fría,
una visible,
otra apenas pensada.

La Voz del Error
las cruza,
las junta sin unir las,
las hace vibrar
desde un borde extraño.

La luz las ilumina,
la sombra las recoge,
el aire las pulsa,
la piel las siente.

Y la presencia,
aún dividida,
insiste en estar.

60. Memoria desbordada

El cuarto ya no retiene:
las memorias se desbordan,
caen por los bordes,
respiran sin sitio.

Las voces chocan:
la luz empuja,
la sombra retrae,
el aire exige ritmo,
la piel reclama forma,
el Error abre más falla.

El cuerpo no alcanza
a contenerlas:
se quiebra un límite,
se abre otro,
pierde un centro.

Y el mundo queda
en tensión pura,
sin permanencia posible,
a punto de romperse.

61. Claridad desprendida

La Voz de la Luz se aparta
con un brillo pesado,
casi mineral,
que resbala por la pared
dejando un rastro áspero.

No ilumina: hiende.
Abre una franja dura
donde el día se detiene
a respirar polvo antiguo.

La sombra intenta seguirla,
pero el filo la rechaza,
la vuelve borde torcido,
memoria sin lugar.

El aire roza el brillo,
se quiebra,
pierde el compás,
deja caer una hora
sobre el suelo.

El Error contempla la luz sola.

62. Sombra separada

La Voz de la Sombra se retira
con cuerpo propio,
espeso,
marcado por un pulso
que no proviene del día.

Desciende lenta,
se reúne consigo misma,
recoge restos viejos
que la luz no alcanza.

Trae olor a humedad perdida,
un frío que recuerda
lo que nunca estuvo.

El aire se aparta,
incapaz de sostenerla;
la piel presente
un roce no realizado.

El Error abre un silencio
para que la sombra
tenga dónde caer.

63. Ritmo autónomo

La Voz del Aire se libera,
respira sola,
violenta,
como si quisiera
reordenar el cuarto.

Cada inhalación empuja
una franja del espacio;
cada exhalación
levanta polvo,
abre vértices torcidos.

La luz retrocede,
la sombra se deforma,
la piel siente vibraciones
que no provienen del cuerpo.

El Error escucha el soplo,
lo tensa,
lo amplifica,
lo deja atravesar
la memoria del muro.

64. Línea sobre la piel

La Voz de la Piel se desprende
con calor intacto,
como si guardara
un temblor heredado.

Deja una línea honda
en el muro:
no dibujo,
no marca,
sino una herida suave
que respira.

La luz la bordea,
la sombra la espesa,
el aire la empuja
hacia dentro del yeso.

La piel reconoce el gesto,
se curva,
se ofrece,
prolonga su memoria
más allá del cuerpo.

65. Fisura en el Error

La Voz del Error se abre
desde adentro,
como una grieta tibia
que descubre su pulso.

No quiebra: respira.
Deja salir un hilo oscuro
que se enreda con la luz,
tienta a la sombra,
golpea al aire,
toca la piel.

Cada voz duda;
ninguna retrocede.

El Error ensancha la fisura,
la vuelve casi camino,
un corredor torcido
donde el cuarto tiembla.

Algo quiere salir,
algo quiere quedarse,
nadie elige.

66. Resto emergido

Algo sube por el muro,
no luz,
no sombra,
no aire,
no piel:
un resto.

Resto denso,
áspero,
casi mineral,
llamado por ninguna voz
y por todas.

La luz lo contornea,
la sombra lo espesa,
el aire lo pulsa,
la piel lo reconoce,
el Error lo abre.

El resto emerge,
tibio y lento,
como si buscara existir
más allá del día.

67. Material del silencio

El silencio adquiere peso:
una materia tenue,
fina como polvo
que vuelve del fondo.

No es ausencia,
sino un cuerpo sin figura
que late bajo el yeso.

La luz le ofrece borde,
la sombra lo cubre,
el aire lo espesa,
la piel lo toca,
el Error lo sostiene.

El silencio pulsa,
respira,
se endurece un grado,
como si guardara
un nombre aún no nacido.

Lo que calla
ya tiene forma.

68. Lo que persiste

De lo roto
queda un brillo mínimo,
irregular,
casi herido,
pero imposible de borrar.

No es luz,
no es sombra:
es persistencia.

La Voz del Aire lo mece,
la Piel lo guarda,
la Luz lo tiñe,
la Sombra lo protege,
el Error lo fija
con un pulso hondo.

Persiste incluso
cuando el cuarto
se inclina,
cuando el cuerpo duda.

Persiste.

69. Fondo del día

Bajo el día
aparece un fondo,
un espesor grave
que nunca estuvo visible.

Ese fondo respira,
sin luz,
sin sombra,
sin tiempo.

El aire lo rodea,
la piel lo siente,
la sombra lo nombra
sin palabras.

La luz intenta entrar,
pero se queda afuera,
detenida en su borde.

El Error abre espacio
para que ese fondo
no desaparezca.

70. Permanencia inicial

La permanencia nace
sin anuncio:
un pulso firme,
tenue,
pero inquebrado.

No reclama sitio,
lo crea:
una hondura leve
que el cuarto acepta
sin entender.

La luz se inclina,
la sombra respira,
el aire se aquieta,
la piel se abre,
el Error la guía.

La permanencia crece
desde lo más mínimo,
un latido oscuro
que insiste,
que queda.

71. Espesor reunido

La permanencia toca el cuarto
como una gravedad nueva,
una hondura que no pesa
pero ordena.

La luz deja su borde,
la sombra su espesor,
el aire un pulso tenue,
la piel una huella tibia,
el Error una abertura.

Todo eso tiembla junto,
no mezclado,
sino en capas viejas
que encuentran forma.

El cuarto se curva lento
para recibir ese espesor,
y en la curva reconoce
algo suyo que no sabía guardar.

72. Sitio vuelto hacia dentro

El cuarto gira
ligeramente hacia dentro,
como si buscara
un centro recién nacido.

No es luz lo que lo guía,
ni sombra, ni aire, ni piel.

Es la permanencia,
delgada y honda,
respirando entre los muros.

Las resonancias vibran:
un brillo mínimo,
un espesor antiguo,
un ritmo breve,
una marca tibia,
una falla viva.

El cuarto acepta ese giro
como quien deja que lo nombren
por primera vez.

73. Bordes que recuerdan

Los bordes del cuarto
empiezan a recordar:
una luz gastada,
una sombra antigua,
un aire inquieto,
una piel que tocó,
un error que abrió.

Pero nada vuelve igual.
La permanencia reordena
cada borde,
cada trazo,
cada resto,
como si limpiara
una memoria rota
sin borrar su grieta.

El cuarto respira
desde esa orilla firme
donde recordar
no duele,
solo queda.

74. Cuerpo en el nuevo espacio

Mi cuerpo entra distinto:
no busca centro,
no busca forma,
solo escucha
el espesor reciente
del cuarto transfigurado.

La luz deja un pulso,
la sombra acompasa,
el aire roza,
la piel reconoce,
el Error hunde.

Todo vibra bajo la permanencia,
no como orden,
sino como materia
que insiste.

El cuerpo lo recibe,
cede un borde,
recupera otro,
y encuentra un sitio
que no sabía tener.

75. Lo que sostiene

Algo sostiene el cuarto,
no arriba,
no abajo,
no en el centro:
en todas partes.
Es la permanencia,
quieta y espesa,
respirando en capas.

Las voces resuenan dentro,
tibias y hondas,
pero ya sin disputa.
La luz ofrece un brillo
que no reclama,
la sombra un abrigo
que no oculta,
el aire un ritmo y la piel un gesto
que no ordenan ni hieren,
el Error un latido
que no rompe.

Y el cuarto, sostenido,
se vuelve sitio.

76. Memoria acumulada

La permanencia desciende al cuerpo
como un peso tibio,
una gravedad que no duele
pero cambia la respiración.

La luz vibra dentro,
la sombra acompasa el borde,
el aire afina un pulso lento,
la piel recuerda un roce antiguo,
el Error abre un sitio hondo.

Algo se inclina en mi centro,
no por ruptura,
sino por memoria acumulada.

Una vértebra responde,
un hombro cede,
un costado aprende
a sostener lo que queda.

El cuerpo acepta esa hondura
como quien recibe
un resto que lo eligió.

77. Lo que el cuerpo devuelve

La permanencia toca el cuerpo
y el cuerpo devuelve un eco:
un pulso débil,
memoria sin fecha,
hondura que no sabe a quién pertenece.

Las resonancias responden:
la luz con un brillo lento,
la sombra con un pliegue profundo,
el aire con un ritmo antiguo,
la piel con un temblor cálido,
el Error con una grieta suave.

Todo eso forma un coro mínimo,
casi inaudible,
que el cuarto recoge
en silencio.

Y el cuerpo, por fin,
comprende que no debe hablar,
solo permanecer.

78. El cuarto después del cuerpo

Cuando el cuerpo calla,
el cuarto continúa:
respira más hondo,
se ajusta,
acomoda un pulso nuevo.

Las paredes guardan
la forma del gesto,
el eco del costado inclinado,
la memoria de un roce mínimo.

La permanencia ordena
sin imponer,
distribuye la hondura
como un ritmo lento
que se adhiere al yeso.

Las resonancias vibran adentro,
no pidiendo sitio,
sino dando espesor.

El cuarto comprende
que también puede durar.

79. Quietud abierta

La quietud vuelve,
pero ahora tiene cuerpo:
un espesor cálido,
una sombra sin amenaza,
una luz que descansa.

El aire sostiene un ritmo,
la piel un temblor mínimo,
el Error un borde vivo.

Nada se mueve,
pero todo respira
desde dentro.

La permanencia ocupa
cada pliegue del cuarto,
no para fijarlo,
sino para que dure.

Las resonancias duermen,
tibias, hondas,
sin dividirse.

Y el cuarto queda abierto.

80. Permanencia

La permanencia existe.
No como forma,
no como nombre,
sino como sitio.

Un pulso oscuro,
tibio,
inquietante,
respira sin ayuda.

El cuarto calla,
el cuerpo cede,
las resonancias duermen
dentro de su hondura.

Nada inicia,
nada termina:
solo queda
lo que sabe
permanecer.

Epílogo

La noche vuelve,
pero ya no cae:
se posa.

En el vidrio
no queda línea,
solo un leve temblor
que respira.

El cuarto está quieto.
El cuerpo, también.

Y en esa inmovilidad tibia
algo insiste,
sin nombre,
sin origen,
sin voz:

un resto oscuro
que permanece.

Nota biográfica

Augusto La Fere (Lapa, Paraná, Brasil, 1973) es autor y ensayista. Su escritura transita entre la filosofía, la memoria y la metáfora del paisaje, explorando la tensión entre el silencio y la palabra. Fundador del sello *Ars Verbi*TM, se dedica a la publicación artesanal y digital de obras bajo licencias libres.

Entre sus publicaciones destacan "El Legado (2013)", "Clown (2014)", "Cartas para Nadie (2017)", "Ceniza de Bronce (2020)", "Antes de que Derriben (2025)" y "El Libro de los Restos (2025)". Vive y trabaja en Buenos Aires, Argentina, participando también en iniciativas culturales orientadas a la difusión de la literatura libre.

Colofón

Este libro fue compuesto en EB Garamond, recreación digital de Georg Duffner (2008) de las formas renacentistas trazadas por Claude Garamont (c.1480–1561), en París. Su dibujo, hecho de luz retenida y hierro antiguo, conserva un pulso que no se extingue: sombra tipográfica que respira entre márgenes, como una voz que nunca llega a pronunciarse del todo. Cada línea se posa en esta letra con el peso leve de aquello que busca forma. En su trazo, todavía ajeno y todavía propio, la página se vuelve piedra abierta: superficie donde la luz cae, la cal recuerda y el silencio insiste en guardar lo que no fue dicho.

Así, *"El Libro de las Voces Calladas"* se escribe donde el papel deja de ser materia pero sigue siendo piel: un borde que permanece atento al roce del día, a la sombra que regresa, al nombre que aún no se ofrece.

La edición digital fue concluida en enero de 2026, por *Ars Verbi*TM, en Lapa, Paraná, donde el silencio — fiel a su memoria — sabe sostener los restos de lo que permanece.

